

PUNTO

Feliz por imperativo

CARLOS SALVADOR ESTEVEZ

Cuando diciembre remonta las órdenes dictadas por el almanaque, con el paso despedazado por la lluvia y el frío, existe un mayor segmento de sujetos dedicados a revivir el viejo negocio de la duda, a fundirnos a un cuerpo a tierra ante el desenfrenado avance de su artillería pesada y modernamente equipada para las fiestas navideñas. Estos individuos ponen toda la ilusión mercantil en sus protegidos, los precios, que realizan cursos intensivos para semejarse a un drácula introvertido. Escalan aceleradamente puertos de primera categoría, se convierten en aprendices de la locura en las metas volantes para el descanso del desprotegido, desbordan en un disputadísimo *sprint* las anchas fronteras de la desproporción y traspasan la meta donde nos resguardamos los ciudadanos de a pie.

Y es que me resigno a ser feliz por imperativo comercial, a permanecer impotente frente al acoso de lo mejor y más divertido, aún a costa de condenarnos a un desprestigio social o versátil, marginación si los susodichos productos no los adquirimos, a ser torpedeados por un océano de luces y veleidades vanas, a rendir pleitesía a la temática de lo previamente determinado, a estar sonriente por decreto empresarial.

Diciembre es ocasión solemne para iniciar la anarquía de la caridad organizada. Ojalá la hermosa revolución de romper con ese amor correspondido no sea sólo palabra que va a morir contra un muro fotocopiado de la demencia, como grita el minero ahogado en veneno. No más clientes de la vergüenza.